

La teología de las cartas de Juan

El punto teológico preeminente de las cartas de Juan es coherente con el mensaje predominante en el NT en general: que Jesucristo, Hijo de Dios, vino de Dios Padre para morir como expiación por el pecado y, mediante ese autosacrificio, crear para Dios un pueblo del nuevo pacto que le conocerá y disfrutará con él de la vida eterna. Este punto teológico es una interpretación de los sucesos históricos del nacimiento, ministerio, crucifixión y resurrección de Jesús. Al igual que la declaración “Jesucristo murió en una cruz en Jerusalén por vuestros pecados” es una interpretación de “Jesús de Nazaret murió en una cruz en Jerusalén,” las cartas de Juan interpretan la importancia de los sucesos históricos sobre la vida y muerte de Jesús. Como el significado de la vida, muerte y resurrección de Jesús es una interpretación, la autoridad y las credenciales del intérprete son de vital importancia para aquellos que buscan saber la verdad.

Autoridad espiritual

Es este asunto de la autoridad espiritual con el que comienza 1 Juan, con su afirmación en 1:1 – 4 de que sólo “nosotros” que hemos oído, visto, tocado y entendido lo que era “desde el principio,” pero que apareció en la historia de la humanidad, tenemos la autoridad de interpretar correctamente la importancia de su aparición. Este punto de partida sin duda era necesario porque gente anónima, que no estaba incluida en el “nosotros” de 1:1 – 4, pero que “salieron” de “nosotros” (2:19), estaban ofreciendo una interpretación diferente del significado de Jesús, posiblemente haciendo que su muerte resultase irrelevante para la “verdad” espiritual que predicaban.

Antes de su muerte, Jesús dio a sus socios más cercanos la autoridad para testificar sobre él y les prometió que el Paraceto que vendría — el Espíritu de verdad (Jn 14:16 – 17) o Espíritu Santo (14:26) — les daría el conocimiento necesario y un entendimiento sólo accesible tras la crucifixión y la resurrección. Esta promesa se podría interpretar como que todo el que tenga el Espíritu puede reclamar igualmente la autoridad para definir la verdad sobre Dios tal como se reveló en Cristo, si no fuera porque la promesa quedaba limitada a aquellos a los que Jesús escogió y que estuvieron con él desde el principio (15:26 – 27).

La declaración enfática de que el autor de estas cartas tiene la autoridad de ese grupo apostólico (1 Jn 1:1 – 4) sugiere que la raíz de esa falsa enseñanza era una afirmación ilegítima e injustificada de autoridad espiritual que cuestionaba el papel y la enseñanza del anciano. La supuesta responsabilidad del anciano hacia las iglesias y personas a las que va dirigida 2 y 3 Juan y su influencia sobre todas ellas sugiere que él estaba trabajando desde una posición de autoridad que se estaba empezando a cuestionar por parte de los secesionistas y de Diótrefes, aunque quizá por razones diferentes.

La cuestión de quién tiene autoridad para declarar la verdad sobre Jesús no es un mal punto de partida incluso para las discusiones teológicas de hoy en día, ya que no sólo vivimos en un mundo con distintas religiones, sino que también existe una cacofonía de voces “cristianas” con muchas opiniones distintas sobre quién era Jesús y sobre su importancia para el tiempo en que vivimos. Es importante para los que ministran la Palabra de Dios darse cuenta de que la autoridad espiritual no está en ellos mismos por ningún mérito o credencial, sino que está en la verdad de Aquel cuya Palabra proclaman.

Vida eterna

El autor de 1 Juan considera que los riesgos son considerables para aquellos que deben decidir a quién escuchar en cuanto al significado de Jesucristo, porque la aparición de Cristo en la historia señala que la vida eterna, que estaba con el Padre, “nos” ha sido revelada a los mortales terrenales (1 Jn 1:2; cf. Jn 1:1 – 18). Aunque “la vida eterna que estaba con el Padre” (1 Jn 1:2), puede referirse principalmente a la preexistencia eterna del Hijo que ha aparecido como ser humano, la razón de su aparición es traer vida eterna tras la muerte física a todos los que creen en él (2:25; 3:14, 15; 5:11 – 13, 20; cf. Jn 3:15 – 16, 36; 4:14; 5:24, 28 – 29, 40; 6:40, 47, 54; 10:28; 11:25; 12:25; 17:2 – 3; 20:31). Esta larga lista de citas en los escritos juaninos indica la primacía de la vida eterna en el pensamiento de Juan.

La verdad sobre el papel de Jesús en la consecución de la vida eterna es central para el propósito establecido en la carta en 1 Jn 5:13, “Os escribo estas cosas a vosotros, que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.” La vida eterna, y cómo conseguirla, está en el centro de las cartas y del evangelio de Juan (cf. Jn 20:31). Jesús define la vida eterna en conocer a Dios: “Y ésta es la vida eterna: que te *conozcan* a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado” (Jn 17:3, cursiva añadida). Si la vida eterna descansa en conocer a Dios y conocer a Jesucristo a quien él ha enviado, no puede haber seguridad de vida eterna sin un conocimiento verdadero y genuino de Dios en Cristo. Por eso, el concepto de verdad es tan central tanto en las cartas como en el evangelio de Juan, donde las palabras griegas para “verdad” y “conocer” se mencionan casi doscientas veces. De

esto podemos deducir que Juan es un celoso defensor y protector de la verdad que ha recibido y de Jesucristo, en contra de las reclamaciones opuestas y en conflicto sobre la verdad que han empezado a filtrarse en las iglesias.

Teológicamente hablando, ¿hay algún tema más importante? Aunque la teología nos aporta muchas perspectivas benditas sobre el ser, el carácter y la obra de Dios en el mundo para esta vida, si la muerte fuera el fin de todos los beneficios que aporta el conocer a Dios, ¿qué importancia trascendental tendría? Como el regalo más grande que ofrece Cristo es la vida tras la muerte, es muy importante saber la verdad sobre él, y por tanto, la fuente de esa verdad se convierte en una preocupación de vital importancia en la búsqueda de nuestro conocimiento de Dios. El autor de 1 Juan argumenta con fuerza para advertir a sus lectores en contra de las voces que podrían parecer estar ofreciendo la verdad, pero cuyas enseñanzas no conducen a la vida eterna en Cristo (1 Jn 2:19–25). Éstas eran personas que hablaban de Dios, pero, al negar que Jesús era el Cristo, no tenían un conocimiento verdadero de Dios Padre. Primera de Juan habla de ellas con un lenguaje duro, llamándoles “mentirosos” (2:22). Por tanto, la fuente del verdadero conocimiento espiritual es un punto teológico importante en las cartas de Juan.

La gente hoy en día también necesita entender que esa verdad espiritual sobre Dios y la vida eterna no es un asunto de opinión personal, en el que los pensamientos de una persona son tan válidos como los de otra. Existe verdad espiritual y existe error y falsedad espiritual, y la diferencia entre ellos es la diferencia entre la vida y la muerte.

Pecado y expiación

La cuestión de conseguir la vida eterna, que ocupa un lugar destacado en el pensamiento de Juan, surge porque toda la raza humana — todas y cada una de las personas — nace ya muerta en el pecado. Esta tragedia de proporciones cósmicas sucede en el jardín de Edén, cuando toda la raza humana — en ese momento un hombre y una mujer — se rebelaron contra Dios y rompieron su comunión con él (Gn 3, especialmente v. 3). Como Dios mismo es la fuente y el sustento de toda la vida, imponer nuestra propia ley y, en consecuencia, apartarse de Dios, por definición significa morir. Cuando uno se aparta de la fuente de la vida, no se puede ir a otro lugar que no sea la muerte.

Esta primera rebelión contra Dios es la fuente de todos los pecados que han plagado la vida humana desde entonces. El pecado es lo que rompe la comunión con Dios (cf. 1 Jn 1:3), y en sus múltiples expresiones, los pecados rompen la comunión entre las personas. Como el pecado trae como consecuencia la muerte para todos y como todos estamos incapacitados para eliminar sus consecuencias, Dios mismo

tenía que hacerse cargo del problema del pecado o dejar a la humanidad inmersa en la muerte, separada eternamente de la comunión con él.

Sin embargo, el amor de Dios por la raza humana, le llevó a no dejarnos muertos, separados eternamente de él, sino que puso en marcha un plan de redención que es *la* historia que cuenta la Biblia en todos sus diversos libros. Cuando Adán y Eva fueron expulsados del jardín, no fueron colocados en el infierno sino en la historia, donde Dios ideó un plan de redención. Juan ve con claridad que el amor de Dios por su creación caída culmina en la ejecución de su Hijo, que se convirtió en hombre para morir en la cruz. Esto llevó el plan de redención de Dios a su consecución final de expiación por el pecado del mundo caído. Fue con la vida, muerte y resurrección de Jesús como la vida eterna apareció en la historia (1 Jn 1:1 – 2), y se ofrece a todos aquellos que están de acuerdo con Dios en que todos somos pecadores que necesitamos ser liberados de la muerte. Las religiones más importantes del mundo pueden ofrecer consejo moral y sabio sobre cómo vivir esta vida, pero sólo Jesucristo gracias a su resurrección ofrece vida eterna tras la muerte.

Por tanto, los temas del pecado y la importancia de Jesucristo están estrechamente unidos en 1 Juan, formando dos de los temas principales de la carta. La verdad espiritual se puede encontrar sólo a través de un pensamiento correcto sobre ambos. Algunos de estos temas en torno a las ideas incorrectas sobre el pecado y la muerte expiatoria de Cristo pueden haber surgido en el contexto de una lectura incorrecta del evangelio de Juan, si fue escrito primero, o de la tradición juanina en su forma oral.

Los lectores originales de Juan habían estado en contacto con la falsa enseñanza de aquellos que acabaron por abandonar las iglesias juaninas. Incluso si 1 Jn 1:5 – 10 no es una reflexión directa sobre las falsas enseñanzas, el pensamiento correcto sobre el pecado parece que suponía un problema tras la partida de ellos, que Juan tenía que tratar. El carácter de Dios es la base de toda definición del pecado. “Dios es luz” (1:5), y en él no hay oscuridad. Por tanto, Dios mismo define el estándar de moralidad según el cual debe vivir la humanidad; no existe un estándar independiente a través del cual podemos juzgar a Dios. Debido a esto, los que profesan la fe en Jesucristo deben estar de acuerdo con Dios en que existe el pecado, que los que caminan de manera contraria a la naturaleza de Dios están en la oscuridad y no tienen comunión con él, y que cada uno de nosotros es un pecador (1:5 – 10). Decir lo contrario es llamar mentiroso a Dios.

Sin embargo, incluso los que han aceptado el gran don de Dios de la vida eterna en Cristo estando de acuerdo con Dios sobre el pecado y asumiendo que Jesús ha expiado sus pecados todavía siguen viviendo en un mundo caído con una naturaleza caída, que está en proceso de ser transformada por el Espíritu Santo. Los cristianos verdaderos y genuinos todavía cometen pecados, de palabra y obra, por comisión u omisión. La verdadera respuesta es que no se trata de negar o racionalizar el pecado, sino de confesarlo y pedir el perdón de Dios en Cristo.

Permanecer en Cristo

Juan escribe sus cartas a la gente que ya ha profesado fe en Jesucristo; por tanto, su principal exhortación es que sigan en la verdad siendo fieles a la verdadera importancia de la vida, muerte y resurrección de Jesús (cf. Jn 8:31; 15:4–7; 1 Jn 2:24, 27–28; 4:13; 2 Jn 9). El perdón del pecado y la seguridad de la vida eterna que sólo se consigue permaneciendo en Cristo, o sea, entendiendo y creyendo que Jesús se sacrificó por el pecado, el obstáculo que separaba a la humanidad de Dios. Por tanto, el mensaje apostólico sobre quién es Jesucristo y lo que ha hecho son aspectos cruciales de la teología de 1 Juan.

Los dos aspectos de la cristología que subrayan las cartas de Juan son que (1) Jesucristo “ha venido en cuerpo humano” (1 Jn 4:2; 2 Jn 7), y que (2) él “vino . . . no sólo mediante agua, sino mediante agua y sangre” (1 Jn 5:6). Los que dicen ser cristianos, pero no son creyentes (“aunque salieron de entre nosotros, en realidad no eran de los nuestros”; 2:19) son “anticristos” y “mentirosos” porque no continuaron en la verdad sobre Cristo que el anciano representaba (2:22). Como se trató en el comentario, el tema parece implicar una discusión sobre la importancia de la vida terrenal de Jesús, y en particular su muerte en la cruz, respecto a la expiación, salvación y vida eterna. La discusión sobre la importancia de la cruz está probablemente relacionada con el énfasis sobre el pecado, porque los conceptos de pecado y expiación están tan íntimamente relacionados en el pensamiento cristiano que casi resultan inseparables. Él vincula ambos en 2:2, “Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados” en el contexto inmediato de la discusión ampliada sobre el pecado y su negación (1:5–2:8).

El comentario de que los “anticristos” niegan que “Jesucristo ha venido en cuerpo humano” (1 Jn 4:2; 2 Jn 7) sugiere que han sostenido un punto de vista inadecuado sobre la importancia de la encarnación de la Palabra que se hizo carne. Quizá seguían tendencias docéticas que negaban el carácter físico de Cristo. O quizá creían que la promesa de Jesús en el evangelio de Juan de “otro Consolador [*paracleto*]” (Jn 14:16, 26; 15:26; 16:7) significaba que Jesús mismo predijo que él disminuiría de importancia una vez que llegara el Espíritu Santo. Las escasas referencias en las cartas de Juan al papel del Espíritu Santo comparadas con la extensa discusión que encontramos sobre el *paracleto* en el evangelio de Juan pueden corroborar la deducción de que el cisma implicaba afirmaciones falsas hechas en nombre del Espíritu.

En lugar de discutir directamente sobre el Espíritu Santo, Juan toma otro enfoque que es el de enseñar quién tiene el Espíritu y quién no, mostrando que el Espíritu habla en sintonía con la cruz de Cristo. El apóstol considera que cualquier menoscabo de la importancia de la vida y muerte de Cristo es sub-cristiana, porque la encarnación proporcionó el ser humano necesario para expiar el pecado de los seres humanos, y el Espíritu Santo nos convence de nuestra necesidad de expiación, aplica la sangre de Jesús a cada uno de nosotros, y confirma al creyente la verdad

central del evangelio: que la muerte y resurrección de Jesús proporciona la entrada en la vida eterna.

La segunda afirmación falsa citada anteriormente está relacionada, porque Juan afirma que Jesucristo ha venido “no sólo mediante agua, sino mediante agua y *sangre*” (1 Jn 5:6, cursiva añadida), donde la sangre alude tanto al cuerpo humano de Jesús como a su muerte en la cruz. Esto sugiere que la falsa enseñanza implica un evangelio de “agua sólo,” uno que elimina y disminuye la importancia de la cruz de Jesús. Como la cruz de Jesús es dónde el amor de Dios por la raza humana se expresa con más claridad, cualquier creencia que tome como punto de partida el descuido de la cruz sólo puede conducir al error teológico. Como la cruz de Jesús en sí significa el amor de Dios hacia nosotros, lo que se deduce de forma natural es que el amor debería estar entre los temas principales de las cartas de Juan.

Amor a Dios, amor a los demás

Como la expresión más clara del amor de Dios lo encontramos en la cruz de Jesús, permanecer en esa verdad supone la respuesta de amor a Dios. El pecado alejó a la humanidad de tener una relación con Dios, y la expiación por ese pecado a través de la muerte expiatoria de Cristo implica la recuperación de la comunión con Dios (1 Jn 1:3). En este contexto de relación restaurada, la respuesta apropiada al amor de Dios hacia nosotros es nuestro amor hacia él. En este punto, Juan se asemeja a los escritores sinópticos, que cuentan que Jesús decía que la exigencia moral más grande, el mandamiento principal era amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza (Mt 22:37; Mc 12:30; Lc 10:27). Después, Jesús añade rápidamente que el segundo mandamiento es amar al prójimo como a uno mismo (Mt 22:39; Mc 12:31; Lc 10:27). Juan entiende que el segundo mandamiento está implícito en el primero y que es espiritualmente imposible amar a Dios y no amar a los demás (1 Jn 2:9 – 10; 3:10, 14, 16, 23; 4:7, 8, 11, 20 – 21).

Muchos vivimos en sociedades que definen el amor como una emoción que se puede sentir en el corazón actuemos o no en respuesta a ella. Con esa definición, se podría decir que se ama a Dios, pero sin demostrarlo exteriormente, y ¿quién podría negarlo? Pero el NT en general, y Juan en particular, definen el amor no como una emoción, sino como el tratar a los demás como nos gustaría ser tratados (cf. la parábola del buen samaritano, Lc 10:25 – 37). Amar a Dios significa implicarnos nosotros mismos y nuestros recursos en satisfacer las necesidades de los demás (1 Jn 3:16 – 18). Esto se basa en el ejemplo del amor de Dios, porque él no se limitó a albergar en su corazón amor hacia la raza humana caída, actuó con el mayor de los costes de ese amor, ofreciéndose a nosotros a través de su Hijo para liberarnos del pecado (4:9).

En la situación específica en la que se escribió 1 Juan, este principio de amar a los demás es aplicable específicamente al amor a otros cristianos, el “hermano o hermana.” No es que Juan desee estrechar ese mandamiento de amor excluyendo a los no creyentes, sino que simplemente su preocupación en ese momento era cómo se trataban los creyentes entre sí en sus iglesias. “El que afirma que está en la luz, pero odia a su hermano, todavía está en la oscuridad [i.e., pecado]. El que ama a su hermano permanece en la luz” (1 Jn 2:9 – 10). El mandamiento ético que Juan da es el de que los cristianos nos “amemos los unos a los otros” (3:11; ver también 4:7, 11 – 12; 2 Jn 5) incluso si el “mundo” nos odia (1 Jn 3:13).

Los cristianos no deben odiarse mutuamente, porque el odio es la respuesta del “mundo” al evangelio. El odio hacia los demás nunca puede expresar amor a Dios, incluso aunque se base en una comprensión farisaica de que los demás están ofendiendo al Dios que amamos. Aunque algunos intérpretes han visto el amor como una mandamiento tan amplio y general que prácticamente no tiene valor como guía ética,¹ es probablemente una referencia al resumen que hace Jesús de la ley y los profetas del AT sobre el amor a Dios y el amor hacia los demás (Mt 22:36 – 40; Mc 12:28 – 31; Lc 10:27; ver Teología aplicada en 1 Jn 4:17 – 5:3 para una discusión más amplia).

Un punto importante de la teología de Juan para nuestra época de relativismo es que el amor, tal como lo define Juan, no impide la verdad. No es amar permitir que los demás continúen pecando e ignorando quién es Dios. La necesaria relación entre el amor como lo define Dios y la verdad tal como la presentó Cristo vincula los mensajes de la segunda y tercera cartas de Juan con la enseñanza de 1 Juan. En esos libros el anciano debe explicar por qué la negación a ofrecer hospitalidad a aquellos que no traen la verdad a la comunidad no es un acto de desafección (2 Jn 10 – 11), más aún cuando él exhorta a sus lectores a que ofrezcan hospitalidad a aquellos que él envía (3 Jn 8 – 11). El discernimiento para distinguir qué situaciones merecen la respuesta adecuada se basa en el conocimiento de la verdad sobre Dios en Cristo, la cual devuelve al lector de estas cartas al tema de conocer la verdad con certeza.

En resumen, las cartas de Juan enseñan que la certeza de la verdad que trae consigo la vida eterna y un amor por los demás definido adecuadamente se asienta en tres pilares: (1) la importancia de la vida, muerte y resurrección de Jesucristo; (2) la fiabilidad del testimonio apostólico para interpretar la importancia de Jesucristo; y (3) la unción del Espíritu Santo, que confirma la verdad a los seguidores de Jesús (1 Jn 2:20).

1. P. ej., Meeks, “The Ethics of the Fourth Evangelist,” esp. 317 – 18.

